

FORMALISTAS EXTREMOS Y MODERADOS EN LA INTERPRETACIÓN DE ARISTÓTELES Z 3, 1029 a-b

MIGUEL GARCÍA-VALDECASAS

Book Z of the *Metaphysics* of Aristotle focuses on the idea of the subject, which is one of the senses in which the term “substance” is used. Z is an important book, because it establishes how substance *relates to* change and matter. One school of interpretation of Z considers one sense of form to be prior to and more important than matter, and has proposed a different reading of the book. I will call this the “formalistic” approach to substance. Supporters of this school hold that the form comprises itself as a whole individual which may be considered as independent of matter. This school focuses especially on Z 3, 1029a-b, where Aristotle seems to challenge the status of matter as an essential part of substance. This paper deals with two formalist approaches, and stresses some difficulties in understanding Z when following the ideas of D. W. Ross.

Keywords: Aristotle, metaphysics, formalism, subject, ontology, substance.

Desde finales de la década de los 60 hasta nuestros días, hemos asistido a un debate entre especialistas y escuelas en torno la interpretación de uno los libros más difíciles de la *Metafísica* de Aristóteles, el libro Z ó VII. En ese libro, se definen algunos de los elementos centrales de la cosmología aristotélica como son la forma (εἶδος), la materia (ύλη), el sujeto (ύηοκείμενον), la esencia (τὸ τί ᾗν εἶναι) o el compuesto (ούνολον). Posiblemente, en la clarificación de estos términos esté mucho en juego. La noción de sustancia o ούσία, en otros libros analizada desde otros puntos de vista, se retoma ahora desde un nuevo prisma: el sujeto. El perfil

que forma, materia, compuesto y esencia terminen por adquirir, determinará sin duda la clase de entidad que es este sujeto, y en último término, la sustancia. De modo que la sustancia y sus sentidos parecen planear en el fondo de toda la discusión de Z. Y la cuestión es que el sujeto, que es presentado como “aquello de lo que se dicen las demás cosas sin que él, por su parte, se diga de otra”¹ parece tomar rasgos distintivos de la materia. En efecto, el sujeto parece presentarse como la base del cambio, la mutabilidad y el germen de nuevas sustancias.

La proximidad nocional entre el sujeto y la materia está en el origen de la discusión aludida; en Z 7 y 8 se percibe cómo Aristóteles usa ambos términos indistintamente. En síntesis, el sujeto es un sentido de la sustancia que permite el cambio de forma, bien en un sentido accidental o radical, modificando toda la sustancia. Con él, el esquema del cambio parece más asequible. Sin embargo, a menudo se ha debatido cómo éste afecta a la composición material de la sustancia. La controversia se agudiza al observar el papel de la materia en el cambio. En general, se pueden reseñar dos posturas: la de los que la creen separable de la esencia sustancial, y la de los que la piensan inseparable. Los primeros no dudan de si la materia es o no separable del móvil, pues parece difícil negar su relación con la modificación y el cambio de forma de las entidades; más bien se duda de si la materia es *esencialmente* separable, y por tanto, si la οὐσία está en condiciones de prescindir de ella. De ese modo la materia se tornaría en un anexo de la οὐσία. Así, para definir a Sócrates, se dirá ante todo que es forma, y secundariamente materia. Los segundos, en cambio, arguyen que la forma no basta para definir la sustancia, y, antes que una forma, Sócrates sería básicamente un compuesto de materia y forma. Sea de un modo o de otro, lo que en esta disquisición está en juego es, sin duda alguna, la noción de οὐσία.

Este trabajo aborda principalmente la primera de las dos interpretaciones. La llamaré *formalista* en alusión a la importancia que para sus defensores tiene la noción de εἶδος en Z. En ella se aglu-

1. Z 3, 1028b 36-37.

tina la posición de algunos intérpretes de escuela alemana que han coincidido en señalar que εἶδος es esencialmente sustancia; lo que, de un modo o de otro aparta y segrega a la materia de la esencia de la sustancia. Para defender esta tesis, sus promotores han de luchar contra la interpretación más clásica del problema, que fue la que adoptaron algunos medievales como Alberto Magno o Tomás de Aquino, y ha sido defendida por muchos autores contemporáneos entre los que cabe destacar a Ross. El formalismo es defendido a su vez por otros muchos, pero aquí se han seleccionado sólo algunos que he considerado más representativos. Igualmente, ha de señalarse que el epicentro de la discusión se localiza mayormente en un pasaje al que muchos de ellos se referirán; se trata de Z 3, 1029 a-b. Es el lugar en el que Aristóteles pone a prueba la capacidad de la materia para mantenerse en la esencia de la sustancia, con un resultado desigual.

1. EL FORMALISMO MODERADO DE FREDE Y PATZIG FRENTE A ROSS

El formalismo en la interpretación de Z ha prestado mucha atención a la noción de εἶδος, un término que aparece con frecuencia en Z. Entre las primeras alusiones a la necesidad de entender la sustancia como εἶδος se cuentan las interpretaciones del filósofo y filólogo alemán A. Trendelenburg. Partiendo de las posibles lecturas que tiene la fórmula τὸ τί ᾗν εἶναι, término que tradicionalmente se ha entendido como “esencia”, Trendelenburg sugiere que la partícula ᾗν de esa expresión estaría ahí para significar la anterioridad de la forma frente a la materia². La obra en que se

2. Cfr. A. TRENDELENBURG, “Das τὸ ἐνὶ εἶναι, τὸ ἀγαθὸν εἶναι... und das τὸ τί ᾗν εἶναι bei Aristoteles”, *Rheinisches Museum*, II, 1828. Dicho autor encabeza las interpretaciones “lingüísticas” de ARISTÓTELES (cfr. A. TRENDELENBURG, *Geschichte der Kategorienlehre: zwei Abhandlungen*, Historische Beiträge zur Philosophie, Hildesheim, 1963), basadas en el análisis gramatical e histórico de los textos, y orientadas a desvelar la naturaleza de las categorías.

inserta esta indicación recoge preciosas investigaciones históricas sobre el legado aristotélico que han marcado el paso de la discusión hasta nuestros días. En la práctica, han incoado una corriente de ideas tendentes a sentar la preeminencia de la forma y el universal respecto al individuo, por más que esto haya disgustado a especialistas más próximos en el tiempo como Aubenque³. Para los intérpretes formalistas, la forma griega $\tilde{\eta}\nu$ es un signo de lo que Trendelenburg denomina la “anterioridad causal” de la forma respecto a la materia, es decir, la necesidad de tomar la forma como referente del compuesto en sentido causal, y por tanto, de asumir sus implicaciones metafísicas. Además, consideran esta tesis suficientemente probada sobre la base de un buen número de pasajes aristotélicos en los que esto se presenta así⁴.

Para autores más recientes como M. Frede y G. Patzig, la anterioridad de la forma debe exponerse de un modo más preciso. Concuerdan en lo fundamental con Trendelenburg; se precisa definir la anterioridad causal de la forma, pero creen necesario conocer mejor el contexto en que se origina. Concretamente, en el análisis de Z 3, 1029a 23-24, M. Frede y G. Patzig observan que la materia tiene un papel central en el ámbito de la predicación. Señalan que Aristóteles presenta la materia como un elemento predicable de todas las cosas porque su ser es diverso del de cada una de ellas. Es legítima la dicción de que X ó Y son “entidades materiales” si se refiere al ámbito predicativo; por eso piensan que la predicación lógica se debe disociar de la fundamentación real de la sustancia, que tiene lugar en un contexto diferente. En su perspectiva, una cosa es lo que podamos predicar de la materia, y otra si la materia es o no el fundamento real de la sustancia; son, como tienden a ver,

3. Por esa razón, Aubenque se muestra más acorde con las conclusiones de Tugendhat, que señala por su parte al $\tilde{\eta}\nu$ como esencia todavía no afectada por los accidentes, (cfr. E. TUGENDHAT, “*Ti kata tinos*”. *Eine Untersuchung zu Struktur und Ursprung aristotelischer Grundbegriffe*, Alber, Freiburg, 2ª ed., 1968, p. 51).

4. Como éste: “Así, quienes procedan de este modo llegarán a la conclusión de que la substancia es la materia. Pero esto es imposible. En efecto, el ser separable y algo determinado parece corresponder sobre todo a la substancia; y por eso la especie y el compuesto de ambas parecen ser substancia en mayor grado que la materia” (Z 3, 1029a 26-30).

problemas distintos. Y advierten de que proceder en la investigación presuponiendo la equivalencia de sustrato real y sujeto de la predicación conduce a ciertos equívocos de cuyas aporías es difícil exonerarse⁵. Además, de mantener que la materia es un elemento cosustancial se seguiría que la sustancia se diría siempre de la materia, o que la materia vendría a representar el sujeto de la sustancia, lo cual se les antoja como contradictorio⁶. Conviene por tanto, adoptar las cautelas necesarias.

Ambos autores prestan oídos a la lectura de Ross. Para ellos, todo arranca de 1029a 2-3, donde Aristóteles admite un sentido en que la forma es sujeto de la sustancia a expensas de materia, una afirmación ante la cual Ross no deja de sorprenderse, porque piensa que no cuadra con otras anteriormente expuestas⁷. Y encuentra más sorprendente que Aristóteles vuelva a adoptar idénticas actitudes en otros pasajes; concretamente, en la descripción del alma como *ὑποκείμενον* de la vida, donde sugiere algo similar⁸. En la perspectiva de Frede y Patzig, en cambio, esta afirmación aristotélica resulta congruente y era esperada. En su opinión, Ross habría acertado plenamente en ese comentario de Δ 8 —quizá a su pesar— en el que Aristóteles habría intentado la fusión de dos conceptos aquí confluyentes: la forma y la sustancia. Su fin sería mostrar que la *οὐσία*, además de sujeto, es con la forma una causa relevante en la disposición de cada ente, a pesar de los temores que parece expresar Ross. La forma queda así apuntalada como una plataforma sobre la que el cambio se gesta, en armonía con el sentido en que Aristóteles entiende el *ὑποκείμενον*.

5. Cfr. M. FREDE; G. PATZIG, *Aristoteles 'Metaphysik Z'. Text, Übersetzung und Kommentar*, Beck, München, 1988, vol. II, p. 38.

6. M. FREDE, II, p. 38.

7. “But it is surprising to find form put forward as one of the meanings. The same suggestion, however, occurs in H, 1042a 28. Aristotle’s meaning is that the form or essence, instead of the concrete individual, may be thought to be what underlies properties and accidents” (W. D. ROSS, *Aristotle’s Metaphysics*, Clarendon Press, Oxford, 1966, vol. II, p. 164).

8. “Pues el alma, en la cual está directamente el vivir, es una parte del hombre” (Δ 18, 1022a 32).

En atención a lo dicho, Frede y Patzing proponen nombrar a la forma sujeto último y primer sentido de la sustancia. Claro que, desde su propia perspectiva, esto no excluye que la materia no sea sustancia, sino que lo es en menor grado que la forma. La teoría aristotélica no es exclusiva; piensan que dicha apreciación arrojaría luces sobre la visión analógica de la sustancia, que resulta ser capaz de admitir como “sustancial” algo cuya precedencia tan sólo parece ser lógica como es la materia. No creen que sea bueno tomar la sustancia como un todo homogéneo, sino verla más bien como un compuesto en el que la forma adopta la primacía ontológica, reservando a la materia la anterioridad en la esfera de la predicación⁹. Insisten que en su parecer esto no comportaría la exclusión de la materia de la οὐσία, como bien hace constar Aristóteles en este mismo pasaje¹⁰, aunque deba reconsiderarse de qué manera.

Esto no obsta para que, en su opinión, deba abandonarse la creencia de que la materia corre peligro de convertirse en sustancia. Piensan que la idea de que la materia es sustancia no cuadra con el resto de la doctrina aristotélica. En apariencia, los textos indican que la forma y el compuesto se pueden tener en igual consideración que la materia. Piensan que esa afirmación y otras de este género podrían dar a entender que la materia es parte de la οὐσία. Pero esto parece chocar con lo establecido en 1029a 6, donde se lee que “si la especie es anterior a la materia y más ente que ella, por la misma razón será anterior al concepto ambas”. En este pasaje consideran el contexto más relevante que los argumentos. En el contexto de esa afirmación, está el pasaje en el que Aristóteles prueba a extraer todas las propiedades de la sustancia para ver qué queda finalmente. Según el hilo de ese razonamiento, la materia parece convertirse en sustancia, y la impresión que el contexto produce es que Aristóteles se retracta de esa afirmación. En efecto, en el original se lee que quienes extraigan todas y cada

9. Cfr. M. FREDE, II, pp. 43-44.

10. “Porque, si ésta no es sustancia, no se ve qué otra cosa pueda serlo” (Z 3, 1029a 10-11).

una de las propiedades de un ente “llegarán a la conclusión de que es substancia la materia”¹¹. Este peligro se refleja en múltiples expresiones repartidas desigualmente. Tienen la impresión de que, a lo largo de Z Aristóteles busca evitar a toda costa la constitución de la materia en única sustancia, como parece reflejarse ahora¹². Por ese motivo, en lo sucesivo, el esfuerzo de Frede y Patzig irá encaminado a mostrar que Aristóteles ha señalado ya a la materia como un elemento de la οὐσία y que ahora, el problema radica más bien en comprender en qué sentido lo es¹³.

Al mismo tiempo, ven necesario romper algunos tabús. Por ejemplo, no aceptan la tesis de que la materia es causa necesaria para aportar la individualidad a un ente, o en otras palabras, que sea criterio de individuación. Para ellos las sustancias primeras son también formas particulares en un sentido amplio¹⁴, sin necesidad de acudir a un criterio concreto de particularización. Piensan que las formas particulares unidas a la materia constituyen los objetos concretos¹⁵, pero siempre a través del sentido predicativo antes señalado. La materia se da en compuestos individuales X ó Y, a los cuales se asocia de modo predicativo, pero esto no le da derecho a erigirse como eje de la particularización. Además, creen que Aristóteles no da cabida a otra clase de interpretación de la materia distinta de ésta¹⁶. Ambos recuerdan que cuando Aristóteles mantiene que la sustancia οὐσία se dice de la materia, lo único que debe entenderse por “οὐσία” es la forma, ya que el concreto o compuesto individual no puede constituir un fundamento de la

11. Z 3, 1029a 27-28.

12. Cfr. M. FREDE, II, p. 41.

13. De hecho, si la materia no fuese οὐσία —sostienen—, la lectura de 1029a 18-19 sería incompatible con 1029a 26-27. Así, la materia tiene un papel de sujeto último en la medida en que se hable del concreto singular y de la forma.

14. Cfr. M. FREDE, vol. I, p. 42.

15. “Nun ist die Annahme, daß die Form, welche zusammen mit der Materie den konkreten Gegenstand konstituiert, selbst individuell ist, höchst umstritten” (M. FREDE, I, p. 48).

16. Cfr. M. FREDE, I, p. 40.

materia, debido a que es posterior¹⁷. Por consiguiente, cuando se dice que todas las otras formas inhieren sobre ella, se habrá de advertir que sólo la forma satisface ese requisito, pues ha quedado de manifiesto en otros lugares que la forma es anterior a la materia y al compuesto de ésta con el individuo¹⁸. En consecuencia, la conclusión es un tanto compleja, pero resulta ventajosa para la forma. Ésta debe decirse primera en otro sentido que la materia aunque ambas se dicen de los entes. Lo cierto es que el modo como la forma es predicada del compuesto, en absoluto es idéntico al sentido en que las determinaciones se dicen de éste o de la forma¹⁹.

Dice Aristóteles: “la materia (...) es algo de lo que se predica cada una de estas cosas, y cuyo ser es diverso del de cada uno de las categorías”²⁰. Ross resalta aquí que Aristóteles coloca la materia en un género aparte, separado del resto de las categorías²¹, y que por eso mismo, no debería ser inferido que sea el sujeto último en todos los aspectos, dado que su relación con las demás categorías no es idéntica a la de la sustancia con esas mismas categorías. Ahora bien, esto parece introducir un factor diferenciador en la materia, ya que ésta no se predica de nada al tiempo que la sustancia y lo demás parecen predicarse de ella. Al fin y al cabo, ¿no le confiere esto un sentido de precedencia? Ante este pasaje, Frede y Patzig reconocen la existencia de ciertas dificultades. Detectan un cierto olvido de algo que, a su juicio, Aristóteles habría definido antes de otra forma. En los versículos aludidos por Ross no creen que se esté hablando de la materia en sentido ontológico sino sólo de la materia común, la que compone la mesa y el jarro y otras en-

17. “Wenn Aristoteles hier sagt, daß die “ousia von der Materie ausgesagt wird”, dann kann er unter “ousia” nur die Form verstehen; denn dem Konkreten kann die Materie nicht zugrunde liegen” (M. FREDE, II, p. 48).

18. Se aportan citas de Z 3, 1029a 2-3; Z 13, 1038b 4-6; H 1, 1042a 26.

19. “Es ist freilich zu berücksichtigen, daß die Form nicht in demselben Sinn von der Materie ausgesagt werden kann, in dem Bestimmungen von den Form oder dem Konkreten ausgesagt werden” (M. FREDE, II, p. 48).

20. Z 3, 1029a 23-24.

21. Cfr. W. D. ROSS, *Aristotle's Metaphysics*, II, p. 165.

tidades no relacionadas con el sujeto último; en todo caso, el sujeto no es el referente de esta aclaración.

“Es imposible que la materia sea la sustancia última, puesto que la materia como tal no es nada, ni puede ser nada sobre lo que el ser de todas las cosas descansa, como tampoco aquello último desde lo cual el ser de todo lo demás resulte esclarecido²²”. En su perspectiva, Z ha mostrado que la materia se limita a otorgar su aportación a una forma sin pretensiones de ser llamada “sustancia”; máxime, cuando Aristóteles parece adoptar precauciones para evitar que se tome por sustancia primera. En el fondo, pues, las afirmaciones de Ross son inocuas: incluso podría aceptarse su última apreciación, ya que en un sentido limitado Aristóteles da por bueno que la materia sea sujeto último²³, si bien, hasta 1042b 9-10 no lo clarifica. En efecto, en ese pasaje la materia queda descrita como una posibilidad, o mejor, una *posibilidad-de* o un *mirar-hacia* —para Frede y Patzig “Möglichkeit nach”²⁴— que queda abierto a lo indeterminado. En el fondo, esa posibilidad no es sino una versión del término tradicional de “potencia”, aunque en Z es verdad que adquiere otro significado. La materia aparece aquí como una posibilidad siempre en ejercicio, como una continua espera de determinación. Por naturaleza, tiende a ocultarse detrás de las mutaciones que afectan a la sustancia. Su función principal reside en esta propiedad, tal y como la teoría medieval contribuyó a poner de manifiesto²⁵, en ser una potencia pendiente de actualización cuyo fin es un movimiento.

Bajo este sentido sí parece razonable considerar sujeto a la materia, es decir, bajo el prisma del sujeto del cambio²⁶. Para este sentido de la materia, Frede y Patzig admiten el ser separable y algo determinado —justamente la potencia—, pero no para otros comúnmente aceptados. La materia cuenta como eje del cambio,

22. M. FREDE, II, p. 49.

23. Cfr. H, I, 1042a 26-27. Cfr. M. FREDE, II, pp. 50-51.

24. M. FREDE, II, p. 51.

25. THOMAE AQUINATIS, *In I Sent.*, d. 2, q. 1, a. 1, ad. 3.

26. En definitiva, es la posición de Aristóteles en la *Física*.

pero no de la composición, y llama la atención que, dada la prolija esquematización de la materia, los autores no perciban en la forma ningún problema explicativo. Son muchas las ventajas de la forma; es separable, está definida por la especie y puede no contener referencia alguna a la materia. Constituye por esencia a un individuo y su ser está de ese modo determinado²⁷. En síntesis, observando las virtudes de la forma, Frede y Patzig no se resisten a destapar las limitaciones de la materia y los problemas heurísticos que comporta. Esto hace de ella un elemento mucho más sutil de lo que habitualmente se piensa y que debería quedar reflejado en las investigaciones. Su primacía no es ontológica sino cosmológica, porque permite explicar bien el cambio, aunque no del mismo modo la sustancia. De cualquier modo, su reivindicación principal es la neta primacía de la forma, un tema ignorado por muchas lecturas tradicionales de Z.

2. EL FORMALISMO EXTREMO DE H. SCHMITZ

Las tesis de Frede y Patzig han conjugado un cierto respeto a las lecturas anteriores de Aristóteles con un deseo de modificar el concepto de sustancia. Pero en los últimos decenios, se han dado posiciones más partidarias de “idealizar” definitivamente la sustancia, y por tanto, de corte más platonizante. Entre éstas, la interpretación de H. Schmitz es especialmente significativa, y ha despertado un notable interés²⁸.

De modo contrario a lo que parece, llama la atención que cuanto más formalista es una lectura de Z, tanto más se ocupa su autor de la materia. De hecho, para Schmitz la definición de materia es la tesis más importante ante la que Aristóteles se enfrenta en el curso de Z. En particular, considera que el núcleo del problema

27. Cfr. M. FREDE, II, pp. 51-52.

28. Cfr. H. SCHMITZ, *Die Ideenlehre des Aristoteles. Kommentar zum 7. Buch der Metaphysik*, vol. I/1, Bouvier, Bonn, 1985.

está en la composición habitual que muchos se hacen de la esencia, marco de referencia a lo largo de estos pasajes. Para dar una idea aproximada del tono que adquieren sus análisis, se sostiene que la pregunta más acuciante —a su entender— y la más inquisitiva en la composición de este libro es si la materia es esencia o idea²⁹. He aquí, para él, la disyuntiva central de Z.

En este libro, Aristóteles pasa revista a los diversos candidatos a οὐσία que dicen cumplir todos los requisitos. A lo largo de Z, vemos aparecer elementos tales como la forma, el compuesto, la materia, el sujeto, etc., a los cuales debe tomarse en consideración, pues cada cual contribuye en su medida a formar el todo de la sustancia. Antes de sopesar el calado de cada una de estas entidades, se reconoce que la materia parece ser la candidata más favorable, sobre todo por su papel de sustrato respecto a la esencia, que se pone de manifiesto en el cambio. Schmitz recuerda que en el primer libro de la *Física*, Aristóteles no zanjó el problema de modo definitivo, y ahora tiene todo en su favor para llegar al corazón de la esencia³⁰. Su prenda más valiosa es el ser sustrato de la esencia. Pero a diferencia de la forma, parece no tener la capacidad de constituir un principio autónomo; sencillamente, no es una sustancia en y por sí misma a pesar de ser como su soporte. Para Schmitz, la lucha del formalismo contra el materialismo en Aristóteles es especialmente intensa en Z, y se salda con el descubrimiento del sujeto, un arcaduz privilegiado para acceder al núcleo de lo que parece el núcleo de lo real.

Esto requiere detenerse primeramente ante las dos funciones principales del sujeto. Por una parte, Schmitz señala que es suficiente para encerrar fuera de la materia los atributos propios de ésta, y, por otra, se descubre que —por reducción al absurdo—, la materia no es la esencia, al menos en un sentido pleno³¹. De la clarificación de lo primero, se da paso a la afirmación de lo segundo. Si el sujeto ejerce la sujeción de sus atributos sin necesidad de

29. Cfr. H. SCHMITZ, p. 45.

30. Cfr. H. SCHMITZ, p. 45.

31. Cfr. H. SCHMITZ, p. 46.

recurrir a la materia, éste debe entenderse como un accidente. El pasaje en que Aristóteles retira a la materia la categoría de sustancia le parece suficientemente indicativo, y no parece haber indicios de otros lugares donde se retracte de lo ahora mantenido. De lo cual se infiere que la materia se contiene dentro de una esencia que es sujeto con o sin su participación. La subjetividad, o la receptividad física de formas, no parece mediada por algo distinto de la forma. Liberada de esta carga el interior de la esencia puede caracterizarse ya mediante otros rasgos, a saber, la idea³², en un sentido quizá mucho más que literal.

A tenor de lo que sabemos del contexto histórico-ambiental en el que los peripatéticos ejercían su docencia, Schmitz cree que hay razones para sospechar que Aristóteles albergó la intención de acercarse a los oyentes más familiarizados con la doctrina de Platón. Para éstos, la preeminencia de la especie respecto de la materia es bienvenida en 1029a 5-7, donde se dice sin medianías que la especie es anterior a la materia³³. La tesis no debía resultar extraña o excesivamente aventurada a ojos de los oyentes. Según Schmitz, el público al que Aristóteles se dirigía entendía por *εἶδος*, idea, y por *μορφή*, forma. De modo que, para evitar posibles confusiones, Aristóteles optó por invertir el uso que anteriormente había hecho del término *υορφή*, para introducir en este caso la designación de *εἶδος*, un término mucho más comprensible en un contexto platonizante. Lo cual es significativo, en su opinión, de que el propio Aristóteles estuvo fuertemente influenciado por ideas de la Academia, a las cuales prestó una cuidadosa atención. Al convertir *μορφή* en *εἶδος* el estatuto de la idea pasaría a ser real. Con esa iniciativa el formalismo se hizo camino en él: a partir de ahí, el sujeto genuino de las entidades es la forma.

La tesis es fácil de mantener. Schmitz admite que Z 1029a 10-27 es el lugar que más la desafía. Es el pasaje anteriormente aludido en el que Aristóteles prueba a extraer todas las determina-

32. Cfr. H. SCHMITZ, p. 46.

33. “De suerte que, si la materia es anterior y más ente que ella, por la misma razón también será anterior al compuesto de ambas” (Z 3, 1029a 5-7).

ciones posibles de la sustancia para comprobar, con sorpresa, que procediendo así sólo quedaría la materia. Schmitz observa que en un artículo ampliamente difundido entre los especialistas, Schofield³⁴ ha argumentado que la intención de este pasaje es demostrar *ad absurdum* la necesidad de la materia prima para concebir atinadamente la realidad. Sin la materia, las entidades carecerían de determinación. De ese modo, la materia adquiere una función bivalente. Por su indeterminación, no se predica de nada. Pero a la vez todo lo determinado necesita de la indeterminación de la materia; ésta contribuye así a la determinación de los entes. Para Schofield, ésta sería el meollo del argumento aristotélico. De donde extrae que la materia es sujeto de la predicación de otras cosas y por tanto, que es sustancia, dado que los compuestos no pueden pasar sin ella. El argumento —según sus propias palabras— tiene algo de novedoso, y se considera genuinamente fundado en los textos³⁵.

A pesar de la claridad y el rigor metódico que en apariencia, soportan las argumentaciones de Schofield, a Schmitz no le satisfacen sus apreciaciones, y cree necesario retrotraer el problema a su punto de partida. Para ello se acoge al concepto de indetermi- nación que Schofield maneja con asiduidad. Si —como éste indica— a una sustancia se le arrebatara todo lo que puede tener de determinado, sencillamente, no se ve qué queda de tal sustancia³⁶ “a no ser que haya algo delimitado por aquéllas”³⁷. Para Schmitz, tal como Schofield se figura la materia prima, en realidad no habría ningún sustrato, y por este mismo procedimiento nada lograría subyacer a la sustancia³⁸. Schofield ha jugado su baza con la no- ción de materia prima, en la que ha hallado un argumento en pro de la indeterminación. Desde los textos de Z, Schmitz mantiene que el hecho de que la materia prima no sea nada determinado o no pro-

34. Cfr. M. SCHOFIELD, “Metaph. Z 3: some suggestions”, *Phronesis*, 17 (1972), pp. 97-101.

35. Cfr. M. SCHOFIELD, p. 99.

36. Cfr. Z 3, 1029a 11 y ss.

37. Cfr. Z 3, 1029a 18.

38. Cfr. H. SCHMITZ, p. 49.

ceda de nada, no significa que a través de otras determinaciones pueda llegar a ser algo determinado. Conviene recordar que el marco de este pasaje es experimental. Considera que la materia está siendo sometida aquí a “condiciones de laboratorio”, es decir, a una situación límite cuyo mayor interés es más lógico que real. En definitiva, aprecia que el bagaje de ese primer sustrato indeterminado guía a Aristóteles hacia un concepto de sujeto primitivo y material, pero en el sentido más originario de la materia que tiene que ver con lo más común: la madera, la tierra o el hierro, pero no con el sentido metafísico que sugiere Schofield.

A la hora de proceder, Schmitz estima que se debe distinguir por una parte, entre esa no clarificación de la riqueza de un concepto de primer sustrato unido a la potencia, y por otra, una noción radicalizada de materia que es fruto de su indeterminación. Ambas son cuestiones distintas que requieren análisis distintos; si esta última posición se lleva al extremo, se equipara la materia prima con la nada o se cae en el absurdo de sostener que nada se puede predicar de la materia. Lo cual, como parece evidente, contrasta de modo llamativo con el hecho de que nadie se escandaliza al mencionarla: la conocemos y nos referimos habitualmente a ella³⁹.

Por ese motivo, Schmitz entiende que en líneas generales, el problema tiene dos fases. En un primer momento, antes de que ese sustrato se determine por alguna forma —para Schmitz, alguna “idea”— éste no es nada en especial. Luego, una vez concebido por la mente, adquiere ciertas “determinaciones” que guían nuestra mente a su captación. No se puede poner en duda nuestra capacidad de conocer la materia, lo que es indicativo de que pueden predicarse de ella atributos concretos ($\tau\iota$). La mente accede primero a su primera determinación, y especifica después los sentidos en los que ésta se compara con otras sustancias.

El proceso es un reconocimiento del intelecto en el que la idea demuestra ser la esencia y el fundamento de la materia. Según Schmitz, a partir de la idea la materia logra convertirse en algo determinado y determinable, genuinamente cognoscible por la ra-

39. Cfr. H. SCHMITZ, pp. 49-50.

zón. Este movimiento, al decir de Schmitz, se debe entender como un sentido moderno que favorece el acceso interno de las ideas al estatuto inescrutable de la materia. Para él, “se comprende la concepción que [Aristóteles] alberga de la materia sólo si se percibe esa inversión o giro [de Aristóteles, al proporcionar] un modo dialécticamente moderno, en un sentido hegeliano inconfundible: la materia original, no en tanto que pura sino en cuanto que es idealizada, abre la posibilidad de que las ideas lleguen hasta ella y de este modo se habilite para predicar algo de ella. Dicha inversión está supuesta cada vez que hablamos de la materia o de lo material, porque cada sentencia la determina de algún modo y la saca de esa indefinición originaria”⁴⁰.

En adelante, por tanto, todas las agujas están puestas para apuntalar una interpretación formalista de máximos, muy cercana a Platón y alejada de otras interpretaciones convencionales. Una vez superado el escollo que suponía la noción de materia prima, a renglón seguido, señala que el pasaje de 1029a 33 y ss. exhibe la voluntad aristotélica de buscar esa *idea* central que es la enigmática esencia de las sustancias sensibles. Así parece confirmarlo, por ejemplo, el comentario a 1029b 3-12, donde Aristóteles se entretiene en mostrar que, partiendo de lo menos cognoscible por naturaleza se ha de pasar a las cosas más cognoscibles, y donde, como cabría esperar, Schmitz entiende por las cosas “más cognoscibles” aquellas que son más cercanas a la mente: las ideas⁴¹.

Así, se va componiendo un programa metafísico. Lo primero que la metafísica ha de buscar es la noción y el significado de las ideas. A revelar el orden de las ideas en el cosmos considera Schmitz que marcha la pretensión aristotélica de identificar plenamente una cosa con su esencia, algo que en otra perspectiva, parece responder a la necesidad de distinguir sus propias tesis de las de Platón⁴². Para eso conviene recalcar en cómo se define la identidad de los entes. Aristóteles mantiene la identidad de toda cosa y su

40. H. SCHMITZ, p. 51.

41. Cfr. H. SCHMITZ, pp. 56-57.

42. Cfr. H. SCHMITZ, pp. 93-94.

esencia, de Sócrates y la esencia de Sócrates, de las que se dice que son una misma realidad. Según Schmitz, esa tesis excluye de sí incondicionalmente la materia⁴³. Lo cual, además, vale para toda investigación de la esencia en sentido general. En esta apreciación estriba para él el sentido en que la existencia es independiente de las ideas platónicas⁴⁴, y la circunstancia de que la materia, por su parte, no acabe de encontrar una definición “canónica”. En cambio, la forma, más cognoscible que la materia, está nítidamente definida⁴⁵.

Desde este punto de vista, cree que debería reinterpretarse toda la obra de Aristóteles, dando la vuelta así a las interpretaciones convencionales. Pero las interpretaciones más bien idealistas o matizadamente formalistas no son exclusivas de Schmitz. El formalismo en la interpretación de Z fue incoado ya por Trendelenburg; con el tiempo sumaron a ideas similares otros como W. Charlton, L. Robin o W. Sellars, si bien bajo prismas algo más moderados. W. Charlton, por ejemplo, es crítico con la tesis tradicional del principio de individuación, frente a la cual Frede y Patzig también mostraron su oposición⁴⁶. L. Robin afirma que la forma es el principio real de la unidad de los entes, y que la οὐσία es ante todo la forma. Incluso la noción de *quiddidad* se localizaría también en el área de influencia de la forma, y observa que la raíz del término viene a identificarse con ella. En consecuencia, nada hay más alto que la forma⁴⁷. W. Sellars, por su parte, a diferencia de Charlton y Robin no afirma categóricamente que la forma sea principio de individuación, sino que centra su atención más bien en la forma entendida como particular⁴⁸.

43. Cfr. H. SCHMITZ, p. 94.

44. Cfr. Z 6, 1031b 14 y ss.

45. Cfr. H. SCHMITZ, p. 94.

46. Cfr. W. CHARLTON, “Aristotle and the Principle of Individuation”, *Phronesis*, 17 (1972), pp. 239-248.

47. Cfr. L. ROBIN, *Aristote*, PUF, Paris, 1944, p. 89.

48. Cfr. W. SELLARS, “Substance and Form in Aristotle”, *Journal of Philosophy*, 54 (1957) p. 692.

3. EL FORMALISMO DESDE LA TRADICIÓN ANGLOSAJONA.
D. W. ROSS

Se advirtió al comienzo que el formalismo en la interpretación de Z se basa en la creencia de que la materia tiene un lugar secundario en la noción aristotélica de sustancia. Los autores que la suscriben mantienen esa tesis a diversos niveles, tratando de hacer rendir sus posibilidades a partir de una determinada selección de textos. Una selección adecuada y un claro dominio de los pasajes son notas comunes a casi todos los especialistas; particularmente, es una tarea en la que destaca el propio Schmitz. Todos los especialistas concuerdan en que Z es un libro de difícil interpretación; muchas de sus afirmaciones parecen esquivas a una lectura unívoca. A menudo, se percibe que Aristóteles, en pleno diálogo con su interlocutor, esboza una conjetura con idea de refutarla a continuación o parece oscilar entre una y otra idea de modo tal que la interpretación de sus textos queda casi siempre abierta. Se requiere, por tanto, mantener en cada lectura un oído atento a muchos otros pasajes y libros aristotélicos con los que los problemas que se tratan han de estar en armonía.

Las interpretaciones formalistas son sugestivas y aclaradoras a diversos niveles, y cooperan en el ejercicio de comprensión de algunos pasajes que se han revelado tradicionalmente oscuros. Sus interpretaciones han ejercido una clara influencia en muchos especialistas. También es claro que su prisma notablemente distinto del de interpretaciones más antiguas, con las cuales ha enlazado Ross. Por eso tal vez convenga observar ahora la otra perspectiva del problema. El formalismo ha postulado que la forma es οὐσία, en un caso particularizada y en otros universal. Así parecen asumirlo autores como Frede, Patzig y Schmitz, junto a otros no tratados aquí como E. Sonderegger y H. Steinfath. Pero aún no se ha hecho mención de que cabe, en realidad, una tercera posibilidad. Se trata de establecer dos sentidos del término sujeto, uno para la materia y otro para la forma, definidos separadamente por Aristóteles. De este parecer es W. D. Ross, a quien Frede y Patzig tienen por un interlocutor de otra tradición. Lógicamente, Ross es anterior a estos

comentadores. Pero tal vez podría decirse que, en el arco de posturas analizadas, su posición quedaría un tanto más allá de interpretaciones como las de Tugendhat e Inciarte, que no siempre encajan del todo en el formalismo.

Ross se inclina por presentar al concreto individual compuesto de materia y forma como auténtico sujeto de propiedades. Frente a esta sugerencia, Frede y Patzig objetan que la forma es separable, y que no contiene en sí necesariamente la materia, al menos nocionalmente. A su juicio, con esto se satisface la necesidad de que la sustancia sea tomada como autónoma. Para Aristóteles, para ser autónoma una sustancia tiene que ser separable y algo determinado, dos requisitos que la materia no satisface por sí misma, sino en todo caso como añadida al compuesto. De ahí que la forma no remita necesariamente a algo más allá de ella⁴⁹. Si la materia se introduce dentro en la noción de forma, ambos se inclinan a pensar que perdería los requisitos para ser autónoma. Hasta aquí sus observaciones.

Ahora bien, con independencia de que Aristóteles haya excluido a la materia de la sustancia —que, ciertamente, es un problema interpretativo—, a partir de ahí advienen no pocas dificultades. Por una parte, con la autonomía que las formas adquieren en el formalismo, el compuesto —por el que Aristóteles también se pregunta en Z 3— no es sustancia primera. Tampoco es, o puede ser tomado como un accidente. Por tanto, la interpretación ofrecida deja al compuesto a medio camino entre la predicación de los accidentes y el orden a la sustancia. Y lo curioso es que la materia en la que piensan está dotada de condiciones de accidentalidad, que como es lógico hacen preceder a la sustancia. Pero ¿es ése el sentido primario de la materia para Aristóteles, o el único?

Esto requeriría un estudio detenido de la noción de materia que ambos autores no abordan. Ciertamente, Frede y Patzig tratan de salvar las observaciones de Aristóteles encaminadas a vincular la materia con la οὐσία en Z y a evitar al mismo tiempo que quede reducida a un accidente. Pero curiosamente, esto les parece sufi-

49. Cfr. M. FREDE, I, p. 51.

ciente para descartar la hipótesis de una unión cosustancial de materia y forma en sentido primario.

Su visión está presidida por el deseo de situar el εἶδος como constitutivo real de la sustancia. En cambio, Ross propone dejar a un lado el εἶδος, en un sentido, y la forma en otro, cuya primacía vendría avalada por unos textos muy concretos cuya validez se cercena al tratar de hacer de la tesis aristotélica un todo armónico. Aristóteles había definido la sustancia así: “sustancia, lo que así se llama de manera más propia, primaria y preferente, es aquello que ni es dicho de un sujeto ni está en un sujeto, como, por ejemplo, *el hombre individual y el caballo individual*”⁵⁰. Las definiciones sistemáticas de la sustancia que aparecen en las *Categorías* y en Δ se refieren a seres individuales; en estos lugares se llama sustancia al hombre y al caballo, en suma, a lo que cuenta comúnmente como individuo. En Δ se llaman sustancias naturales a “la Tierra, el Fuego, el Agua y todas las cosas semejantes”⁵¹. El formalismo no ve estas sustancias como individuos. Nada se dice ahí de que sean sustancias particulares. Sin embargo, Aristóteles presenta la especie como aquello que subyace al género y de lo que éste se predica por esencia⁵². Entre una y otra noción hay una analogía. La especie subyace al género y la materia, que aparece en los ejemplos de seres compuestos, al compuesto. Los partidarios de la especie como esencia de la sustancia traen en su defensa el lugar en que Aristóteles sostiene que “la especie es anterior a la materia y más ente que ella”⁵³. Pero Ross observó que de ahí no se desprende la precedencia de la forma respecto a la materia, sino en todo caso, su precedencia con respecto al compuesto de forma y materia. Es el individuo y no la especie lo que existe y es separable de las entidades, si es que nos podemos fiar de lo mantenido en las *Cate-*

50. *Cat.* 5, 2a 11-14.

51. Δ 8, 1017b 10-11.

52. Porfirio, *Isagoge*, 2, 10-11, p. 4 (edición de A. GARCÍA SUÁREZ; L. VALDÉS y J. VELARDE, *Isagoge*, Tecnos, Madrid, 1999).

53. *Z* 3, 1029a 6.

gorías⁵⁴. De esta forma, la especie aparece como lo que es: un término necesario en la definición de cualquier entidad. Para definir una sustancia, la búsqueda de una especie es imprescindible, pero no hay que olvidar, como recuerda Heidegger, que esto sucede en el ámbito de la predicación y que, por tanto, la forma tiene un carácter eminentemente lógico⁵⁵.

En libros como H y la *Física* se pone a prueba la idea de que εἶδος es la esencia de la sustancia. Ross los tiene presente a menudo. La noción de materia prima, p. ej., es un elemento determinante en la *Física* que el formalismo tiende a desestimar en unos casos o a trastocar en otros. Schmitz ve en ella un icono de las ideas platónicas, y sugiere que a través de este concepto Aristóteles trata de pergeñar qué es la idea⁵⁶. Ciertamente, se apreciará que Schmitz está interesado en una materia de pocos tintes sustanciales. Pero lejos de eso, en la *Física* la materia está en la base de la educación de formas naturales. También se recuerda en Z, donde Aristóteles señala que lo que surge de la materia “llega a ser algo”⁵⁷ tal como una esfera o un círculo, y conforma una materia existente separada. De esta forma, la materia es sujeto del cambio porque lo soporta desde su base y lo acompaña desde su generación.

Para Ross, la forma no es un sujeto exclusivo de propiedades. Le parece que eso implicaría la segregación de la materia y su postración fuera de los límites de la sustancia —una iniciativa frente a la cual Tugendhat e Inciarte ya tenían sus dudas—. Los formalistas acceden una vez y otra a Z 3, 1029a 20-29 para

54. “If A is prior to B it is clear that it is prior to A+B, but is not so clear that A+B is prior to B, which is that τὸ would imply” (W. D. ROSS, *Aristotle’s Metaphysics*, II, p. 164). Y, mientras en la línea 29 dice Aristóteles que la unidad concreta es más sustancia que la materia, no dice nada acerca de la prioridad lógica, mientras que en la línea 31 vuelve a reiterar que la forma es anterior al compuesto concreto (cfr. *id.*, p. 165).

55. Cfr. M. HEIDEGGER, *Vom Wesen und Begriff der Physis* (ARISTÓTELES, *Physik*, B 1), Gesamtausgabe (Band 9), Klostermann, Frankfurt a. M., 1996, p. 275.

56. Cfr. H. SCHMITZ, p. 51.

57. Z 8, 1033a 27.

sostener la tesis contraria. Es un texto recurrente, que ha mostrado las discrepancias entre Schofield y Schmitz. Según Ross, en ese pasaje Aristóteles critica la línea de pensamiento según la cual la materia es sustancia. La coletilla final “pero esto es imposible”⁵⁸ con la que el discurso prosigue a continuación no debería desorientarnos con respecto a sus verdaderas intenciones. Después de extraer las propiedades de la sustancia, Aristóteles se topa con algo que *a priori* aparenta una pura indeterminación, y por tanto, queda en una situación gramatical de su misma clase: es eso de lo cual nada se puede decir. Antes, en comienzo de Z 3 ha anticipado qué es. Se trata del sustrato del que se dicen todas las cosas, mientras que de él y de su esencia nada se dice.

El hilo conductor del pasaje es la materia. En su análisis, Schofield había sugerido que en este lugar la materia tiene sentido de sustancia. Schmitz descartó su propuesta, arguyendo que Aristóteles no hablaba aquí de la materia metafísica. Piensa que sólo se refería a un concepto de materia singular, mezclado con el compuesto y por tanto, lo que él podría llamar un término “adulterado”, porque nada diría de la materia como tal o de la materia en la que pensaría Schofield. Para Schmitz, de ahí no debería sacarse la conclusión de que Aristóteles está tratando de dar con una noción ontológica. Ciertamente, aquí debe admitirse su apreciación, pero debe serlo junto con la consideración de que Z es un texto de clara inspiración metafísica en el que Aristóteles se ha propuesto tratar de la οὐσία sin ambages y en coherencia con los textos de la *Física*. Aristóteles ha señalado previamente que la materia es un sentido del sujeto⁵⁹, el cual es a su vez un sentido de la sustancia⁶⁰. Es dudoso creer, pues, que ahora renuncie al propósito inicial de su investigación. Similarmente, no dejaría de llamar la atención la tentativa de un experimento —según Schmitz— conducido a probar la tesis opuesta a la que parecía venir manteniendo.

58. Z 3, 1029a 27.

59. “Como tal se menciona, en un sentido, la materia” (Z 2, 1029a 2).

60. Cfr. Z 3, 1028b 35-36.

Para Ross la solución al problema de qué es un individuo viene tanto de la materia como de la forma⁶¹. No de una u otra por separado, sino de la mutua integración de ambas de la que nace el compuesto. Lógicamente, Schmitz no podría aprobarlo; Frede y Patzig, en cambio, admiten que la composición representa el último de los predicamentos de la sustancia, pero advirtiendo de que carecería de peso en el compuesto. Para ellos, el ser compuesto es un accidente de la sustancia, como lo es el ser de bronce, de metal, o en el caso de Sócrates, el hecho de estar sentado.

No puede haber un sentido último de la materia antes del compuesto. Si por esto se entiende la noción de materia prima, ciertamente hay algo que no va con el sentido de los textos de Z. Un compuesto es simplemente *un* individuo. Para Ross, la esencia de una cosa incorpora un principio de individuación que admite un sentido *formalista* de la forma: la forma contribuye a particularizar a un individuo⁶². Aquí, su parecer es irreconciliable con el de Frede, Patzig y Steinfath. Para éstos, la individuación de un ente procede de la autonomía de la οὐσία; antes que la materia, pues piensan que los seres son particulares por sí mismos y su autonomía. De ese modo, privilegian el hecho de ser persistente sobre el hecho de ser individual, forzando así a Aristóteles a tomar una opción por una cosa o por otra —en este caso por la forma—. La individuación, por tanto, se deriva de la autonomía de la sustancia, la cual compete a la forma. La materia queda así en un espacio de dudosa sustancialidad.

Pero esta tesis tiene también su reverso. Tarde o temprano, se ha de hacer frente a la realidad del cambio y la modificación, aun-

61. Cfr. W. D. ROSS, *Aristotle*, University Paperbacks, London, 1964, p. 170).

62. Esto obedece a que ROSS contempla la materia no exactamente como principio de individuación, sino más específicamente, como causa de la diferencia numérica. Parece que la materia en sí misma nada puede causar si no se halla en unión inseparable con la forma. Por eso, la materia sólo es principio de la individuación de los cuerpos en el compuesto. En sí misma, incluso, no es individual, sólo cuando es añadida la forma da lugar a un individuo: “matter in itself is not individual; it is only when form is added that an individual results” (W. D. ROSS, *Aristotle’s Metaphysics*, vol. I, p. 119).

que sea para señalar su escasa relación con la esencia de la sustancia. Incluso si se acaricia la posibilidad de un cambio capaz de alterar la especie o afectar a una clase prototípica de sustancia simple, probablemente, el formalismo lo mantendría al margen de los procesos. Y ciertamente, sería difícil hacerlo sin aludir a la anterioridad de algún sustrato subyacente a la forma del móvil; justamente, porque esta pareció ser la génesis de la noción aristotélica de materia prima en otros tratados. Si se persiste pues, en mitigar la relevancia del cambio, las formas no podrían ser educidas de la materia y deberían generarse por formas precedentes, o simplemente, autogenerarse. Para Ross, la materia prima no es un entidad autónoma ni una propiedad de la sustancia. Es un constitutivo esencial de la sustancia. La materia prima toma una relación de uno a uno con los contrarios que se acercan a la sustancia —calor y frío, sequedad y fluidez, etc.— y los pone en contacto con la forma. La *Física* presenta a la materia como una causa real de las entidades que contribuye a su mantenimiento. El cambio necesita así de la materia como de una base que permita el cambio a diversos niveles, también formal. Para Ross, ni la materia prima ni el principio de individuación son separables del compuesto, ya que se asemejan más bien a principios que a partes definidas del sujeto⁶³.

En síntesis, la hipótesis formalista conduciría a una noción de sustancia más acorde con la naturaleza de lo pensado, es decir, de la especie. La convergencia de especie y forma, como propugna el formalismo tiene la ventaja de ofrecer una noción de sustancia más comprensible, más limpia y menos asequible a las contingencias físicas. Todo ello goza de ventajas y da pie a una lectura novedosa de Z. Pero el esquema muestra también su debilidad en la incompatibilidad con ciertas nociones —como las de cambio o materia— que ocuparon a Aristóteles durante mucho tiempo, y que en ese esquema se vuelven aporéticas. Por eso, el método de Ross pondría de manifiesto que, antes del análisis filológico de los pasajes y el debate en torno su sentido —que es gran interés—, conocer la mente y las intenciones del autor que se analiza parece una labor

63. Cfr. W. D. ROSS, *Aristotle*, p. 242.

MIGUEL GARCÍA-VALDECASAS

anterior. Para lo primero, bastaría quizá la lectura de los textos y una interpretación adecuada de su sentido con herramientas filológicas y filosóficas. Para lo segundo, se necesita conocer y comparar el resto de sus obras entre sí. Tal vez fuera ése el contexto en que germinó la primera recepción de Aristóteles en occidente, y tal vez a eso se deba el eco que despertaron.

Miguel García-Valdecasas
Faculty of Philosophy
University of Oxford ('Academic Visitor')
Oxford OX1 4JJ
Reino Unido
garciaval@unav.es